

Josefo, el niño que perdió una dimensión

Por José Antonio Millán

Aquella mañana, antes de despertarse, Josefo soñó que había perdido una dimensión. Acababa de estudiar en el colegio que hay formas con una sola dimensión (el punto), con dos (el plano y las figuras planas, como triángulos y cuadrados; también el trapecioide) y con tres: la esfera, los paralelepípedos, el planeta Tierra, los animales, las plantas, el transbordador espacial, el cartón de leche, las magdalenas, los libros, sus padres y él mismo.

Era muy útil tener tres dimensiones (había bromeado la *profe* de Mates), porque si tuviéramos dos... ¿os imagináis? Josefo se lo había imaginado en el sueño: en realidad era muy sencillo perder una dimensión, bastaba *pensarlo* e ir adelgazándose poco a poco, perdiendo grosor en los brazos y en las manos, viendo cómo se estrechaba el pecho, y la cabeza se aplanaba (hasta el extremo de que podía verse las orejas, mirando de reojo). Y ahora estaba tumbado en la cama, completamente plano, sin hacer bulto en las sábanas. ¡Qué divertido!

Incluso oía con sus oídos bidimensionales el despertador de su padre, cómo se levantaba... Vio con sus ojos planos la cabeza despeinada aparecer por el marco de la puerta: «¡Arriba, Josefo!». Y todo el sueño parecía de pronto muy real. Tan real, tan real, con cada ruido, cada olor, cada cosa en su sitio, que de golpe Josefo descubrió que estaba despierto, absurda y bidimensionalmente despierto... Cerró y abrió los ojos (con párpados

que se corrieron como cortinillas de un vagón de tren), y pensó: «¡Qué maravilla...! ¡Esto hay que aprovecharlo!».

Otro cualquiera, en su misma situación, se habría asustado y se quedaría en la cama, con las sábanas por encima de las orejas aplastadas. Pero Josefo tenía una ventaja: era muy curioso. ¿Cómo sería la vida en dos dimensiones?

Se escurrió de la cama. Comprobó que su padre ocupaba un baño y se acercó a la puerta del otro. La abrió y entró, mientras no podía evitar pensar: «¡Qué tontería!: podía haberme puesto de canto y haber entrado por la rendija de la puerta». Se miró en el espejo. Todo parecía normal, aunque eso era porque estaba de frente. Pensó que si giraba, giraba, vería que su imagen del espejo iba deformándose, estrechándose y disminuyendo, hasta quedar hecha una línea. «Cuando esté perfectamente de canto, no se me verá», pensó, excitado. Luego abrió el grifo y se lavó la cara, porque pensó que ser plano no tenía que significar necesariamente ser un guarro.

Salió del baño y vio que su padre (que ponía siempre el despertador con el tiempo justito) ya estaba desayunando. «¡Josefo! —oyó que le gritaba—, ¡yo ya tengo que irme.» Josefo se asomó al pasillo: «¡Vale: hasta luego! Me voy a vestir...» Se había colocado bien de frente para cuando su padre le mirara. Él levantó la cabeza y le sonrió; luego siguió bebiendo el café tan tranquilo.

«¡Ajá! —pensó Josefo—, no se ha dado cuenta de nada»; aunque luego deci-

dió que a esas horas de la mañana su padre no se habría dado cuenta ni aunque él se hubiera transformado en una cucaracha gigante.

¡Día de vacación! Josefo decidió que la experiencia era demasiado buena como para ir a estropearla en el colegio. En todo caso, pensó, luego podría ir a clase de Mates, que era la última de la tarde.

Se puso encima una cazadora (que le quedó holgada y fofa, como si de golpe fuera cuatro tallas más grande), y bajó a la calle. Anduvo un rato por la acera hasta el kiosko de periódicos, sin encontrar a nadie. De frente vio que venía una señora, llevando un perrito de la correa. El perro empezó a gruñir, y luego a ladrar más fuerte a medida que se iban acercando. Josefo se paró justo delante de ellos. Les miró, giró de un salto hasta ponerse de canto, y salió corriendo. «¡Ja, ja! —pensaba—. Seguro que para ella ha debido de ser como si desapareciera de golpe.» Cuando estuvo más lejos se volvió y les miró: la señora estaba quieta, con la boca abierta, y el perro ladraba como loco, tirando de la correa como si se quisiera estrangular.

Esto era un éxito, aunque Josefo no había perdido una dimensión sólo para asustar a un perro. De modo que decidió hacer experimentos: subir en los coches de choque para ver si le seguía afectando la inercia (y casi salió volando al chocar y no sujetarse bien), comer algo (y vio que lo que más le apetecía eran los tallarines y el lenguado). Luego se sentó en un parque, donde los pocos paseantes



XOSÉ COBAS

que había le miraron mucho, y estuvo un rato jugando con su *tamagochi*. Al mirar al bichito plano, encerrado en su pantalla, por primera vez le dio compasión, y se sintió muy cerca de él...

A las cinco y cinco de la tarde se acercó de canto al colegio. Se escurrió por debajo de la puerta y subió las escaleras pegado al suelo, como si fuera una alfombra, para evitar que le detectasen. De ese modo recorrió el corredor hasta llegar a su clase. Se asomó por la puerta

entreabierta. La profesora estaba acabando de explicar la lección de las dimensiones:

—... Cuando un cono atraviesa un plano, sus habitantes sólo verán un círculo que se amplía y se amplía; del mismo modo, si un habitante de la cuarta dimensión nos visitara —miró a la puerta y se quedó callada de pronto—... ¡Josefo! ¿Qué haces ahí? Me ha dicho la directora que has faltado esta mañana. ¡Pasa ahora mismo!

Y Josefo entró en la clase y se sentó en su sitio. Empezó a hablar:

— No tiene ni idea, señorita, de lo que me ha ocu...

— ¡Ni ganas! —le interrumpió ella—. Siempre tienes excusas...

Y mientras la profesora seguía hablando de mundos y dimensiones y sólidos y planos, Josefo pensó en lo que le habría gustado tener solamente dos dimensiones, aunque no fuera más que por unas horas...